

David Morrell

LA ÚLTIMA DIANA



1916. El legendario guerrillero Pancho Villa asola la frontera de México con los Estados Unidos. En represalia, el ejército norteamericano invade el estado de Chihuahua. La expedición está al mando del general Pershing, que se hará famoso un año más tarde cuando su país entre en la Primera Guerra Mundial. Para las tropas norteamericanas es un bautismo de fuego, una suerte de entrenamiento. En el desierto desolado y polvoriento, nace una sólida amistad entre un soldado de larga experiencia, veterano de la lucha contra los indios, de las guerras de Cuba y Filipinas, y un joven recluta. El viejo aventurero revela al joven todos sus secretos para sobrevivir.

A Henry Morrison

Este libro es una narración histórica y aunque muchos de sus personajes e incidentes son ficticios, lo esencial está basado en hechos reales. Por ese motivo, y toda vez que le fue posible, el autor reprodujo diálogos auténticos y dio detalles tomados de sucesos que verdaderamente ocurrieron.

UNO

«La guerra es sinónimo de crueldad y no se la puede suavizar».

William Tecumseh Sherman

1

EL PASO, TEXAS, marzo 8. *Noticias no confirmadas, recibidas en el día de hoy por el general Gabriel Gavira, en la ciudad de Juárez, informan que dos ciudadanos estadounidenses apellidados Franklin y Wright, fueron asesinados por dos bandidos pertenecientes al grupo de Villa, el lunes pasado, en la localidad de Pacheco, entre Casas Grandes y Janos, Chihuahua.*

Nada se sabe respecto de la suerte corrida por la esposa y el pequeño hijo de Mr. Wright quienes, según se informa, se encontraban también en Pacheco.

Gavira declaró que los dos hombres, granjeros mormones según las noticias, radicados al oeste de la localidad de Casas Grandes, no obedecieron los llamados de atención que él envió a todos los estadounidenses residentes al oeste de Chihuahua, al enterarse de los movimientos de Villa en esa región.

2

COLUMBUS, NEW MEXICO, marzo 8. *Francisco Villa y sus fuerzas llegaron hoy a la estancia de Palomas Land y de la Cattle Company, ubicadas en Nogales, Chihuahua, a dieciocho kilómetros al sur de la frontera y ochenta y tres de esta ciudad, según telegrama despachado por el capataz de la estancia, y recibido el día de la fecha.*

El mensaje no menciona a Arthur McKinney, James Corbett y James O'Neill, ganaderos estadounidenses supuestamente tomados prisioneros ayer.

3

WASHINGTON, marzo 8. *El Departamento de Estado recibió hoy lo que se considera una confirmación de que Villa habría llegado a la estancia de Palomas, algunos kilómetros al sur de Columbus, New México. Ninguna noticia llegó a Washington referente al hecho de que Villa hubiera asesinado a dos estadounidenses apellidados Franklin y Wright, en algún lugar ubicado entre las localidades de Casas Grandes y Janos. Se informa que todos los ciudadanos estadounidenses empleados en la estancia de Palomas han cruzado el territorio nacional al enterarse de la llegada de Villa quien, según se afirma, habría reunido cuatrocientos hombres.*^[1]

4

Columbus, New Mexico, 1916. Ni siquiera había árboles.

Entre las tiendas de campaña y los edificios había algunas matas de paja brava y junto a la acequia que corría de norte a sur, paralela a la calle que atravesaba la ciudad, crecían juncos gruesos. Todo lo demás era un desierto de piedra y arena, salpicado apenas por baba del diablo y cactus.

Le costaba creerlo. Al mirar por la ventanilla había pensado que se trataba de los suburbios de la población, pero después, cuando el tren se detuvo y se puso de pie con la mochila al hombro, junto con los otros pasajeros cuando descendió y miró más allá de la locomotora, hacia donde terminaba la edificación, comprobó que toda la ciudad no tenía más de cuatro cuadradas. Aquello era como el arrabal del infierno y se quedó clavado en el suelo, tratando de adaptarse.

El Paso había sido un lugar lleno de verdor gracias al riego de su Río Grande, pintoresco con su tranvía eléctrico. Durante los tres días que permaneció allí, pasó sus momentos de ocio en la plaza de Fort Bliss, refrescándose bajo los árboles que el viento mecía. Al norte, en el lugar del cual venía, todavía era invierno, los árboles no tenían hojas y el pasto estaba amarillo. En cambio, en Texas, marzo era una época muy agradable, tibia y colorida gracias a las lluvias primaverales, en la que aún no se hacían sentir los calores que marchitaban y empalidecían los campos. Le habían hablado de las flores del desierto que se abren en la primavera, pero desde el momento en que abandonó El Paso no

había visto ni una sola, y se preguntaba por qué lo miraban así; ahora lo sabía. No había nada, únicamente chozas de adobe, casas de madera, calles recalentadas por el sol. De pronto apareció un perro esquelético, de rabo colgante, que desapareció dentro de la acequia. Observó las tablas del andén resquebrajadas de calor, cubiertas de tierra. Caminó arrastrando las botas sobre ellas. Miró hacia las ventanas de la estación, opacas de polvo. Se pasó la lengua por los labios para humedecerlos y volvió a echar un vistazo a su alrededor.

Por lo que podía deducir, este costado de la ciudad era campamento. Los soldados que vinieron con él en el tren, de regreso de sus licencias, se habían alejado en esa dirección, hacia la izquierda, cargando sus mochilas, rumbo a una fila de largos y angostos edificios de madera, aparentemente cuarteles, tras de los cuales se oía relinchar caballos. Caminó hacia el extremo del andén. Vio una bandera, un cartel con la inscripción CAMP FURLONG y dos oficiales que salían de un edificio chato, de adobe. Estaba acertado. Se dirigió hacia la huella. Ahora el sol le daba en los ojos. El cielo todavía estaba blanco y calinoso. La pesada camisa de lana se le adhería al torso sudado. Se volvió para mirar el tren; la locomotora hizo un ruido fuerte, los vagones se deslizaron y el último pasó frente a él. Probablemente a causa del ángulo en que caía la luz, el otro lado de la ciudad le pareció igual, con más casas de madera y de adobe, unos pocos edificios de dos pisos, hoteles quizá, una tienda y una oficina de correos. Se levantaban sobre las mismas calles de arena endurecida con la diferencia de que el sol les daba una tonalidad marrón, extrañamente irreal, suave e inexplicablemente distante, que hacía pensar en una fotografía. Vio dos hombres, vestidos con trajes sin forma, que doblaban una esquina. Hacia el norte oyó las explosiones del motor de un automóvil y, atraído por ellas, caminó hasta el borde del andén, pero no pudo descubrir de dónde provenían, a pesar de que la calle corría en esa direc-

ción y de que podía ver hasta el límite de la ciudad. Cinco manzanas. Nada de agua en la acequia. Nada de nada.

5

El sargento debió haber estado allí desde el primer momento, mirándolo a través de las polvorientas ventanas de la estación. Escuchó detrás de él el seco chirriar de la puerta y, al volverse, lo vio parado en el vano, ceñudo, arremangado, bajo, de caderas anchas, amplia camisa color oliva y *breeches* abolsados, metidos dentro de las botas. Se había afeitado, pero sometido a la acción del viento y del polvo, parecía no haberlo hecho.

Se puso en posición de firme y saludó.

—¿Cómo es tu nombre?

—Prentice —le respondió.

—Prentice, *sargento*, y no hay necesidad de cuadrarse. Veamos tus órdenes.

El muchacho revolvió dentro de la mochila y se las entregó.

—¿Y qué noticia me das de los otros?

—No sé qué quiere decirme.

—Los otros. Pedimos diez, nos dieron tres, de modo que dónde están los otros dos.

—Realmente no sé.

—Esto dice que vienes de Ohio. Diecinueve años, seis semanas en el servicio y te pusieron en la caballería —dijo el sargento y sacudió la cabeza—. Caballería. No sé a dónde vamos a ir a parar. Bueno, ¿y qué hay, entonces, de los otros dos?

—No entiendo.

—Los caballos. ¿Qué me dices de los caballos? ¿De qué raza los usamos?

—Oh, ya entiendo. Se trata de eso.

—Sí, está bien, eso. ¿Qué me dices de los caballos? Si ahora perteneces a la Caballería, demuéstalo. ¿Qué me dices de los...?

—Cruza de árabe y cuarterón.

—¿Y la montura? —prosiguió el sargento pestañeando.

—McClellan modificada.

—¿Qué significa eso de modificada?

—Una ranura entre el pomo y el lomo del caballo. Ningún cuerno. Frente alto y parte trasera redondeada.

—¿Y resultan buenas?

—Algo, pero no mucho. La funda del rifle se resbala. Las dos piezas de los costados se hunden. El pomo se incrusta y la columna del animal debe soportar todo el peso. Además el cuero del estribo es demasiado duro y gasta el costado del animal.

—¿Dónde aprendiste todo eso? ¿En algún club de Polo de Cincinnati?

—No. Cerca de Cleveland, en la granja de mi padre.

El sargento contrajo los labios y lo miró fijamente.

—Bueno, quizás, después de todo tenían razón en haberte enviado aquí —comentó.

6

El lugar tenía unos tres metros de largo, tres literas, algunos estantes, una panzona estufa de hierro y, sobre las paredes, fotografías de jovencitas recortadas del catálogo Sears, de la sección dedicada a la ropa interior.

—Esto va a ser suficiente hasta mañana. Los tres que se alojan aquí están de licencia.

Dejó la mochila y miró a su alrededor. El piso era de tierra; las paredes, de tablones y, a través de las rendijas entre uno y otro, se veía el sol poniente. Observó que las patas de cada una de las literas estaban colocadas dentro de latas. Se volvió hacia el sargento frunciendo las cejas.

—Así es —dijo éste— y mientras vivas aquí cerciérate de que las literas no toquen las paredes.

El muchacho no entendió.

—Tienes que saber tres cosas acerca de este lugar. No es como allá en el norte. Aquí hay arañas, víboras y escorpiones.

La sola mención de las arañas lo intranquilizó.

—Lo primero que debes hacer al entrar es tomar esa escoba y meterla bajo la litera —dijo el sargento y, mientras lo decía, le mostró cómo hacerlo—. Después echa atrás las cobijas y asegúrate de que no haya nada adentro. A la mañana vuelve a mirar bajo la cama. Sacude la ropa, coloca boca abajo las botas por si adentro hubiera algo y pónelas bien despacio. Una vez que recibes el veneno, no hay nada que hacer.

—¿Y esas latas en cada pata de la litera?

—Tienen kerosén hasta la cuarta parte.

El olor fuerte y dulzón del kerosén impregnaba el ambiente.

—Si algo quiere treparse encima de ti, antes tiene que pasar por el kerosén, cosa que nunca ocurre. Llena de kerosén una de las latas y después de una semana vas a quedar sorprendido de las cosas que encuentras dentro.

Prentice prefirió no pensar en ello.

—Bueno, por lo general ocurre así. Diles a los cocineros que eres nuevo y que te den algo de comer. Te veré a la mañana. ¿Dónde dices que estaba la granja?

En las afueras de Cleveland.

—¡Ajá! Yo soy de por ahí cerca. Recuerda lo que te recomendé acerca de las botas —dijo el sargento y se fue.

Se quedó parado en medio de la habitación, mirando los latones que la luz del atardecer marcaba sobre el suelo, aspirando el olor del polvo y de la madera astillada. De pronto respiró hondo, se pasó la lengua por los labios y tragó. Quedó quieto por un largo rato. Se quitó su sombrero de soldado de caballería, de ala redonda, y lo colgó de una percha. Pensó en si debería hacer lo mismo con la mochila, entonces la ciñó y la colgó de otra percha. Luego fue hacia la puerta pero no pudo ver al sargento por ninguna parte. Miró hacia la fila de casuchas que se extendía ante él, a los cuarteles que se levantaban más allá, y los soldados sentados en las escalinatas de acceso, y a una nube de polvo que se levantaba arremolinada del lugar donde suponía estaban los establos. Un carro de cuatro ruedas, tirado por dos caballos, pasó ruidosamente frente a los cuarteles, pero los soldados no se molestaron ni siquiera en mirarlo. De pronto la luz cambió: el sol había caído. El aire se puso frío; el viento comenzó a soplar. Se quedó parado preguntándose si debería comer o no; pensó en el sabor de la panceta, del café, de la galleta y, de sólo hacerlo, sintió un sabor amargo. Miró encima de las camas, volvió a mirar hacia afuera y finalmente cerró la puerta.